

Casas-hacienda en Lima

Jorge ANDUJAR MORENO

A inicios de la década del '20 del presente siglo, Lima era una hacienda. En verdad no una, sino muchas. Los productos de panllevar, la leche y la carne que producía lograban abastecer a sus pobladores. Los cultivos de maíz y algodón principalmente, y tapiales adyacentes, dábanle un nítido aspecto rural. El valle del Rímac, después de todo, surcado por una red de bocatomas y canales prehispánicos, había sido dominado ya por Taulichusco.

En 1919, la "Patria Nueva" de Leguía cambia radicalmente el rostro de la capital. Lima empieza a crecer vertiginosamente sobre sus ancestrales tierras de cultivo, en las que se edifican, rápidamente, nuevos barrios y nuevos distritos. Este arrollador proceso de expansión urbana, incrementado en los sesenta, deja como resultado actual sólo un 20 % de zona agrícola.

Nuestra Lima tradicional, comprendida en el Damero de Pizarro, es tema de muchos ensayos y desvelos de patronatos e instituciones afines y objeto de la entrega desinteresada de preclaros amantes. En cambio, la vieja Lima periférica, la de sus casas campestres y capillas y cuadras y callejas va cayendo, sin quiotes, sin Mecenas. Estas, definitivamente, no tienen quién les escriba.

Las encontramos a cada paso por doquier. En buen estado o en franco deterioro, sus siluetas son características, y a pesar de ello, pasan desapercibidas por los transeúntes. Si el doctor Aurelio Miró Quesada decía que lo pintoresco de Lima antes de Pizarro eran sus huacas, nosotros podemos afirmar que después, Lima era sus casas-hacienda.

Muchas urbanizaciones y calles han tomado sus nombres: Mirones, Matute, San Miguel, Monterrico o La Calera. En loable esfuerzo, algunas han logrado permanecer adaptándose a nuestros tiempos. Como en otros menesteres es posible la armonía de lo bello con lo útil. La revalorización de un solar no es mera labor estética sino también práctica.

Veamos algunos ejemplos: la Casa Hacienda Cueva (1770), sede del Museo Larco; la Casa Quinta de la Magdalena Vieja, Museo de la República; la Casa Hacienda los Condes (S. XVIII), local de un restaurante; la Casa de la ex Hda. Villa, centro de recreación social; la Casa de Orbea (1750), vivienda familiar; la Casa de la Hacienda Limatambo (S. XIX), oficina comercial.

Son pocas pero son, y demuestran la posibilidad de rescate de un concepto plástico e histórico propio, dentro de un contexto general adverso. Convirtiéndolas en museo, restaurante, oficina comercial o vivienda, en el fondo habita un espíritu común: cariño y respeto por el pasado. El encuentro del antaño con el hoy afirma nuestras propias raíces.

Si bien el desbocado crecimiento de la ciudad es una causa de destrucción, mayor rigor tienen la desidia e indiferencia de la colectividad y entidades culturales. Así, las hermosas casas de Caudivilla, Chuquitanta y Chacra Cerro; Camacho, Melgarejo y Chacra Ríos, para citar sólo algunas, fueron derribadas, simplemente, por ignorancia.

Otras se encuentran deterioradas y debemos recuperar el conjunto de la ex Hacienda Pro, con capilla, patio y pileta; la iglesia de la Hda. Maranga con sus azulejos sevillanos; la de Ceres con sus caminos empedrados que conducen a Vitarte antiguo; la de Caballero con sus múltiples terrazas, camino a Canta; la de Garagay cerca al conjunto arqueológico del mismo nombre; la Huayrona en Cantogrande y muchas otras.

La peor suerte, sin duda, la han corrido las propiedades jesuitas. La casa San Juan Grande, ligada a la Defensa de Lima en 1880, se encuentra tugurizada y a punto de caer. Es desolador ver su bellísima capilla de un solo cañón tan maltratada. Hasta el pino del niño héroe pareciera morir de pie.

Igual triste estado corre la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito, que bajo una sencilla apariencia esconde una verdadera joya de arte colonial y donde recordamos sus lienzos y cripta no explorada.

Pocos actos de paz y concertación registra nuestra historia como el que tuvo lugar en los salones de la casa Punchauca, en junio de 1821. San Martín y el Virrey La Serna, luego de un fraternal abrazo, iniciaron los tratos para terminar la guerra. Hoy no existe allí ni siquiera una placa recordatoria. Es más, la casa es un cascarón vacío y roído a fuerza de desidia y desdén.